

pañeros dos generales, ó dos magistrados, ó dos ministros, ó dos porteros que han servido juntos, ó dos abogados que ejercen en los mismos tribunales: en una palabra la sociedad entera está trabada por los dulces lazos del *compañerismo*, y al oír tan grato nombre, cualquiera creeria reproducidos allí los tipos del *camarada* y del *hermano de armas*, que tan hermosas páginas llenan en la historia de la edad media; pero correria gran riesgo de equivocarse, si no se reducía á afirmar secamente que la boca de los mejicanos es una fuente de miel. Estas y otras espresiones dulces, unidas á frases eternas de civilidad y cumplimiento, con mas una voz insinuante y maneras cultas, dan al trato en Méjico un grande aire de suavidad.

POBLACION.

Desde fines del siglo XVI se hicieron padrones en Méjico, pero hasta 1793 no existió el único trabajo de esta especie que merezca el nombre de censo general, el formado por el conde de Revillagigedo, que hacia subir la poblacion de N. E. á 5.200.000

habitantes. Mas es de advertir, que se omitieron en este censo tres intendencias, la de Veracruz, la de Guadalajara y la de Coahuila. Despues se ha trabajado continuamente en el censo, aunque no con el método y concurrencia por parte del gobierno que fuera de desear. El boletin del instituto nacional de geografía en Méjico, despues de tomar en consideracion todos los trabajos precedentes, daba en 1838 á la república dividida en sus veinte y cuatro departamentos una poblacion general de 7.044.000 habitantes, y un aumento en años benignos de $1\frac{1}{4}$ por 100. Establece tambien, aunque no sobre datos bastante completos, un exceso de nacidos en las tierras calientes sobre las frias de $1\frac{1}{2}$ por 100. Resulta además de sus observaciones confirmada la opinion de Humboldt sobre una preponderancia del sexo fuerte, aunque en proporcion mucho menor de la que asigna este sábio; siendo por regla general mayor el número de hembras en las latitudes bajas y menor en las altas, con escepcion del departamento de Tamaulipas, en que á pesar de su temperamento cálido predomina grandemente el número de hombres. Esta poblacion está repartida en ciento veinte y cinco ciudades y villas (suponiendo que no haya aumentado su nú-

mero desde la independencia) y en multitud de pueblos y haciendas. Cuatro quintos de ella la componen por partes casi iguales los indios y las castas, y el resto es de europeos y sus descendientes, además de nueve á diez mil africanos que habia el año en que comenzó la guerra de la independencia.

Segun el mismo periódico era en aquella época la poblacion de la ciudad de Méjico de 205.430 habitantes, en que solo se contaban 69 negros, todos libres. Un estado publicado por el ayuntamiento de aquella ciudad da en 1839 á la misma el siguiente movimiento de poblacion.

	Hombres.	Mujeres.	TOTAL.
Nacidos.....	3385	3254	6639
Muertos.....	2693	2945	5638
Aumento.....	692	309	1001

La poblacion mejicana contiene pues tres tipos originales, el del blanco, el del rojo y el del hombre negro; habiendo de su mezcla, y en especial de la de los primeros, provenido las castas, de que hay dos tipos secundarios, el del *lépero*, habitante de la ciudad, y el del *ranchero*, habitante del campo. Los negros fueron introducidos allí, ya tarde, en el es-

caso número que se ha dicho, con el objeto de laborear las tierras calientes, en especial las que se destinaban al cultivo de la caña de azúcar. La ley de 13 de julio de 1824 dada por el congreso constituyente, abolió para siempre en toda la república el tráfico de esclavos, declarando libres á los que fuesen introducidos, y estableciendo penas para los contraventores. Las constituciones de los Estados hicieron igual declaracion respecto de los que naciesen en lo sucesivo; y por último una disposicion general de 15 de setiembre de 1829 dió la libertad á todos los esclavos existentes en la república, ofreciendo indemnizar á sus dueños. Asi acabó la esclavitud en Méjico; pero ha retoñado en Tejas, cuyos colonos *yanquis*, sin hacer caso de aquellas disposiciones, introdujeron negros en gran cantidad para el cultivo del algodon; constituyéndose de este modo en estado negrero, y siendo este uno de los mayores estímulos que pudieron ofrecer á la inhumana avaricia de los estados del Sur de la Union para comprometerlos en el fomento y defensa de sus sacrílegos intereses.

Los pueblos que habitaban el territorio del imperio mejicano tenian la tradicion (y de ello certifican las pinturas y las escrituras

geroglíficas que pudieron salvarse en el siglo de la conquista) de haber venido peregrinando por la parte occidental de América, deteniéndose en su marcha hacia el Sur en este ó el otro punto mas favorable, y fundando ciudades de que conservaban grandes recuerdos: tal entre otras la famosa ciudad de Huehuetlapallan al Norte del rio Gila, donde hicieron alto las siete primitivas familias que suponen Boturini y Veytia salieron de Asia, y de donde se ramificaron las expediciones por el continente americano. De todos modos la mezcla confusa de barbarie y de civilizacion que era de observarse en el famoso imperio de Motezuma, de leyes sabias y de costumbres atroces, de ignorancia y de sabiduría tal como la que arroja de sí el famoso calendario mejicano, obra admirable en precision y cálculo, arguye un anterior estado social mas adelantado, de que pudo ser teatro aquella ciudad ú otro imperio en esa parte del continente.

Los chichimecas y otomíes, los ulmecas, toltecas, acolhuis y aztecas fueron las principales tribus que se precipitaron del Norte ya desde antes de nuestra era, y venian empujándose con direccion siempre hacia el Anáhuac, ó tierra situada en medio de las aguas, desparramándose despues en diver-

sas direcciones. De ellas los aztecas arribaron los últimos á este punto hacia el siglo XII de nuestra era, y de pequeños principios y con varias vicisitudes lograron alzar el poderoso imperio que redujo á la dominacion de Castilla Hernan Cortés.

Este imperio tenia á las puertas de su capital dos monarquías, que pueden decirse feudatarias suyas, aunque afectaban grande independencia, las de Tezcoco y Tlacopan ó Tacuba; y á poco mas distancia, esto es, á diez y ocho leguas, un estado independiente con el que estaba en perpétua guerra, la famosa república de Tlascala; lo que no da una grande idea de su poder. Pero de todos modos este poder, que se estendia incuestionablemente mas lejos, no era en manera alguna civilizador, sino opresor y guerrero, y su médula se cifraba en los tributos de toda especie, aun de mugeres hermosas, que Méjico estaba en posesion de exigir de los países conquistados, á los que trataba por medio de régulos con la mayor dureza.

Los grandes trabajos de nuestros misioneros y obispos en el siglo mismo de la conquista, no solo para reclamar de la jurisdiccion de la idolatría á aquellos infelices indios, sino para enseñarles la agricultura y los oficios mecánicos mas necesarios, para

apartarlos de sus hábitos vagabundos é indolentes y para reducirlos á una policia civil, dan idea suficiente del estado de embrutecimiento, abyeccion y miseria en que debian por entonces encontrarse, sin que sea parte para reformar este juicio tal ó cual arte de lujo en que sobresalieron por haberlos fomentado la corte, ni este ú el otro resíduo de antigua superior civilizacion. Aquellos trabajos apostólicos se hacen sobre todo admirar por el celo, por la caridad y por la ilustracion que los animaban en las personas de los tres primeros obispos de las tres diócesis de Méjico, de Puebla y Michoacan, los señores Zumárraga, Garcés y Vasco de Quiroga: con especialidad este último, el Ambrosio de la América, que pasó á los 68 años de edad desde la toga al episcopado, y consagró el resto de su preciosa vida hasta los 95 á este santo ministerio, lo hizo con tan gran fondo de virtud y superior ilustracion, que no habiendo recibido sino indios errantes que aborrecian á par de muerte el yugo español, los dejó á su muerte mansos y civilizados; viviendo en multitud de pueblos con ordenanzas sabias y tantos progresos en las artes de la sociabilidad, que el resultado se hace prodigioso, y solo creible atendiendo á la virtud civili-

zadora que nuestra religion encierra. Hoy es, y esos pobres indios aún conservan fresca la memoria de su apóstol, y las madres le muestran á sus hijos en una estampita con el nombre del *tata* ó de *padre nuestro*.

Los indios, aunque todos lleven el sello de la raza americana, tienen entre sí mil diferencias, ya acaso por alguna variedad secundaria de origen, ya mas principalmente por las influencias del clima segun que habitan en la tierra caliente ó en la fria, ya en fin por la naturaleza de sus ocupaciones y régimen alimenticio. Los bárbaros fronterizos del norte son de buena talla, fuerte musculatura, fiero mirar y color rojo oscuro con pelo negro y lacio: en Sonora los indios civilizados son tambien de buena talla, pero de una figura mas agradable y forma mas compuesta. No asi en Méjico y en general en el centro de la república, donde el indio es de talla mas aplastada, de seca contestura fuertemente ligada, de color sombrío, ojo negro penetrante, en que la natural fiereza se halla con dificultad vencida al yugo de la nueva civilizacion; greñas lacias y negras que dan á la fisonomía, de suyo despierta é inteligente, un giro agreste y no poco montaraz. En fin, la indiada degenera al Sur, y llega

hasta mancharse su piel en los que se llaman pintos.

El indio mejicano es dócil al gobierno, si bien está un poco desmoralizado por efecto de la guerra en que los insurgentes le hicieron tomar no pequeña parte, y por el de la independenciam, no habiéndose aún podido hacer mudar de objeto á la especie de idolatría con que antes respetaba al rey y á sus representantes. El cura es el único que le maneja, y el fraile quien mejor que nadie se insinúa en su corazon; pero se gasta de dia en dia este prestigio, porque el cura y el fraile van rebajando continuamente en su concepto, y presentándose á sus ojos sin aquel celo desinteresado que antes tanto los recomendaba á su cariño. Al blanco le aborrece interiormente, pero tambien reconoce su superioridad y la acata en lo exterior, en especial tratándose del español, cuyo tono franco de dominacion y mayor liberalidad empeñan mas su sumision y respeto. Con todo, es difícil sonsacarle, prevenido siempre contra quien se toma interés por él, y eludiendo toda pregunta embarazosa con aquel eterno *pues quién sabe, señor*; por cuyo medio sale de todo conflicto, que lo es para él el revelar nada de cuanto diga relacion con su vida é intere-

ses. Asi la presencia del blanco le desconcierta siempre, permaneciendo con los ojos en el suelo aun cuando tiene que contestar. La india es un poco mas abierta y expresiva: hablan poco y mal el castellano, y entre sí siempre el mejicano.

Es además el indio muy codicioso, llevando esta cualidad hasta enterrar el dinero y no revelarlo ni aun en la hora de la muerte, como sobre todo se verifica en la provincia de Oajaca, donde se calculan sustraídas por este medio á la circulacion gruesas sumas provinientes de la venta de la cochinilla. Es tambien no poco indolente, si bien con sus subordinados exigente y cruel: la india es generalmente muy trabajadora y hacendosa, cargando en medio de todos sus afanes con la criatura que lleva á todas partes á la espalda, envuelta en una tela burda que anuda por delante. Es en fin tan parco en la comida como aficionado á la bebida (la del *pulque*, que es con la que á menudo se emborracha), y dado á la lascivia; llegando á cambiar su muger con facilidad si el cura ó la autoridad no le van á la mano. Su alimento es la tortillita de maiz, que le muele y amasa la india, y es por cierto muy sabrosa, la cual moja por todo regalo en una salsita de chile. Por estraordinario come ta-

sajo de chivo ó *chito*, como allí llaman, y la india le prepara mil comidillas á cual mas repugnantes á una vista profana. Su vestido se compone de sandalias, gregüescos de cuero, y una ropilla de lana ó algodón que se mete por la cabeza y se ajusta á la cintura con un correon; sombrero de ala ancha de paja ú otra materia económica: así lleva descubiertos aun en tierra fria los brazos y las piernas. La india tiene sus zagalejos burdos, su camisa de algodón, su rebozo y su sombrero de paja: ambos cargan crecidos pesos, con los que vienen en gran diligencia al mercado. El perro y el burro son los inseparables compañeros de fatigas del pobre indio, cuyas faenas son las del campo y las de un pequeño tráfico.

El *lépero* es una variedad del indio, al cual desdeña altamente en su calidad de habitante de la ciudad emparentado con el blanco. El color rojo de su cepa clarea en él un poco, y se vuelve un tanto manchado: su cuerpo es mas cenceño y mejor proporcionado, pero sin duda alguna mas flojamente articulado: tiene todos los vicios del indio, con mas los que le ha dado un mas íntimo contacto con la civilizacion.

El amor y el vino (el del maguey) son sus delicias, el asunto eterno de sus pensa-

mientos y el que inspira su musa; pues compone coplillas que canta á la bandurria, y en las que tal vez se desliza alguna sátira de los fraques y de las mantillas, ó de alguna voz ó noticia caidas de la elevada region de la política. Al trabajo le mira como una odiosa pension de la naturaleza humana, y organizado para gozar no le otorga mas tributo que el necesario para subsistir en el dia, dejando al de mañana su cuidado, y manifestando francamente que obrar de otro modo sería agraviar á la Providencia. Así que, cuando ha ganado un peso suspende en el acto su trabajo, y solo piensa en el modo de gastarle alegremente. Sus necesidades son tan reducidas, que puede dar ancha rienda á sus vicios. Su comida tortillita y chile; su vestido ancho pantalon de algodón y camisa de lo mismo, cuando la lleva; frazada en que se envuelve; sombrero jarano y pie descalzo; su cama el santo suelo cubierto de un *petate* ó estera, en la que duerme como un canónigo; su habitacion una cochera ó nicho de cualquiera especie, y si no los soportales. En cuanto á su familia disfruta de todas estas comodidades cuando la tiene, pues lo mas ordinario es gozar él de su amada libertad y vivir sobre el pais; pero como cada

lunes y cada martes tiene él que ver con la señora Justicia, de aqui la necesidad en que está de correr bien al menos con una amiga, que en falta de muger propia le vaya á ver y asistir á la cárcel.

Es primoroso en cualquier trabajo, y sorprendentes sus obras por el grande ingenio que arguyen, sobre todo si se comparan con la escasez y pobreza de sus instrumentos y recursos. Tiene un prodigioso talento de imitacion, y trabaja en cera ó trapo figuritas sumamente graciosas, retratando con toda exactitud cualquier persona ú objeto. Para el nuevo destino de las fábricas últimamente introducidas ha manifestado una grande aptitud, la cual en verdad es en él general para toda clase de obras de mano y oficios mecánicos; que lo único que á ese perillan le falta es la voluntad. Sabe ordinariamente escribir, leer y contar, y su literatura la pone á disposicion de sus hermanos ignorantes, escribiendo con la mayor soltura y gracia, ó bien un memorialito á un pretendiente, ó una cartita de amor á un mozalvete, ó de celos á una mocita desdeñada. Estos son los célebres *evangelistas*, que con una cestita y recado de escribir se ven sentados al rededor del Parian con un *espíritu santo* á la oreja que les

va sugiriendo la materia, la cual ellos desbistan en seguida y pulen en la forma oratoria mas conveniente.

Pero en lo que sobresale el *lépero*, y por lo que disfruta en el mundo fama incomparable, es por su aficion á lo ageno y maña y sutileza con que se lo apropia: de este ingenio y trazas que él se da para lograr tan apetecido objeto corren mil y mil historietas, hasta el punto de haberse enriquecido la lengua mejicana con la palabra *leperada*, que es la que se apropia para significar toda accion baja, pero llena de sal y de travesura. Yo solo diré, que el *lépero* hace sus agostos en todo género de festividades y apreturas, calzándose con las *mascadas* ó pañuelos, con los relojes, los ridículos, los retazos de mantilla, &c. Pero ¿qué digo apreturas? Este noble oficio le ejerce él en las anchas calles de Méjico y á la clara luz del medio dia, sin que nadie le vaya en ello á la mano; pues los transeuntes todo lo mas que hacen es pararse á mirar cómo el *lépero* termina su hazaña. El bueno del paciente suele acaso dar en lo que pasa, y entonces con la velocidad del rayo revuelve sobre el astuto agresor, quien de ordinario se le escabulle de entre las garras como un águila, pero que cuando cae en ellas

paga bien caro el infeliz su merecido, no contentándose el ofendido en su cruenta saña con un garrotazo ni con un par de puñadas. Recíbelo todo el *lépero* con ejemplar resignación, como quien sabe que aquel es el hueso de su oficio y el precio con que paga su subsistencia, y tan solo pugna por escaparse de entre las crueles manos de su verdugo, diciendo continuamente: "ya está, señor amo; ya está." De estas escenas graciosas se ven á cada paso en Méjico, y ellas son el pasto de la curiosidad y risa del público.

El *ranchero* es hombre de mas altos pensamientos, muy forzado, gran ginete, buen bebedor, que gasta sin duelo un peso cuando le tiene; que cuando anda va arrastrando sus descomunales y sonoras espuelas, y manejando su *cuarta*; que á caballo no se desprende de su *machete*, oprimiéndole bajo del muslo y cruzándole á menudo con el de su adversario, ó bien con el de su conocido, dando ó recibiendo una cuchillada por puro pasatiempo y diversion. Es hombre que, encerrado en su rancharía, cultiva con su muger é hijos la tierra, ó tal vez deja á su familia esta servil ocupacion, y él se da á la mas noble de las armas en los bosques y en las encrucijadas:

es hombre que, cuando sirve en las haciendas, desempeña á caballo todas sus tareas y sigue á todas partes á su amo, á quien de ordinario tiene vendida su alma y su cuerpo; es un árabe en sus hábitos, un poco trashumantes, y mas especialmente en el conocimiento y manejo del caballo, que cria y educa como á un hijo, le ejercita en el trabajo sin compasion, y le ama con delirio como al compañero fiel de sus aventuras, y al noble instrumento de sus diversiones y de sus glorias.

Su trage, botas formadas de un cuero con que se da varias vueltas á la pierna, espuelas como he dicho colosales, calzon ancho de cuero ó paño sobre calzoncillo de tela, camisa de algodón, banda con que se oprime la cintura, *cotona* ó sea chaqueta de cuero corta que se viste por la cabeza, y sombrero chambergo ó jarano muy grande y pesado; para sobrevestido, manga ó *sarape*. Los arreos de su caballo no son menos grotescos, pues la silla vaquera con sus grandes estribos y colgajos, sobre todo si lleva el complemento de la anquera, de las armas de agua y otras zarandajas, es un mundo en medio del cual se encuentra en su centro el *ranchero*, y se cree superior á todos los potentados de la tierra, ejecutando

evoluciones y movimientos sumamente dificultosos.

El blanco se divide en español y criollo. Al español ya le he presentado en escena, laborioso, emprendedor, sufrido, sujeto al principiar su carrera á un noviciado penoso y casi monástico, un poco libre mas tarde en sus maneras y costumbres, puntual en sus tratos y confiado, amante hasta la idolatría de su familia y de su patria, ignorante y religioso, económico y espléndido. Aunque en general no se daban á las letras, tal vez alguno despuntaba por la lectura; y de esta manera se formaron en la última época muchos liberales, llegando acaso á peligrar sus creencias religiosas. Pero ese es el tipo del español antiguo, del que acabó en la independencia y de que ya no quedan sino nobles ruinas. Hoy el español es otro en América, porque su situación allí ha cambiado. Ya no la mira él como una patria, desde que con tanta dureza fue tratado en la época de la espulsion; pero aún no puede dejar de quererla y de hacer mas en su obsequio que ningún extranjero, cuyo dictado todavía no ha podido aplicársele allí. De sus hábitos de antigua dominacion se desprende con dificultad; y hablo de esa noble dominacion

que se ejerce en fuerza de un título de incontestable superioridad. Todavía su voz es la que allí respetan mas el indio, el *lépero* y el *ranchero*; porque resuena todavía con el timbre de la antigua voz de amo, amo natural, justo y generoso. Ya con el trato del extranjero y los escándalos de la revolucion ha desaparecido la confianza que hacia de aquella sociedad una familia, y por consiguiente el español ha tenido que recogerse y entrar en estas nuevas vias de reserva, de aislamiento y de cautelosa prudencia en sus tratos y relaciones.

El español que llega no se encuentra ya con aquella generosa proteccion que antiguamente le acogia: ahora, á los trabajos y privaciones con que antes principiaba, tiene que añadir la cruel angustia de la incertidumbre de su suerte, que sus compatriotas no pueden asegurarle; y para formarse un pie de subsistencia, cuanto menos de fortuna, tiene que apechugar con las mismas ó mayores dificultades que por acá. Sin embargo, la beneficencia nunca le ha de hacer falta, habiéndose organizado últimamente los españoles en sociedad de este título con el fin de atender á los paisanos pobres y desvalidos, y aun de auxiliarles para volver á España si allí carecen de acomodo.

El mejicano, por cuyas venas siempre circula alguna sangre indígena, es un poco indolente y vicioso: su naturaleza y el clima le estimulan fuertemente á gozar; pero es educacion lo que mas que todo le hace falta, educacion de trabajo y de severa disciplina, que cuando por circunstancias especiales le asiste fecunda los gérmenes de virtud que su alma encierra, y da en él tan buenos frutos como en el primero. Si de algo ha de servir la independenciam es de dar este giro austero á la educacion, y empezar así á formar las costumbres y el carácter nacional, todavía indeciso; mas hasta ahora es bien poco lo que se ha hecho en este sentido.

Entre tanto es con bastante generalidad el mejicano disipado y amante del juego, en donde con facilidad consume la fortuna heredada: propende á depender del gobierno, en lo que satisface además su natural vanidad, ansiosa de distinciones; es improvidente, y gasta hoy sin duelo por la sola razon de que puede gastar, sin cuidarse del dia de mañana ni de la suerte de su familia; y lo peor es que esos gastos son de ordinario locos y antojadizos, no pudiéndose él dar á sí mismo una buena razon sobre ellos: es en fin pródigo de su tiempo, que lejos de mirarse allí como un capital no se

estima sino como una carga, dejándose siempre las ocupaciones y los negocios para el dia de mañana.

En punto de religion todo va bien mientras ella no se entromete en las costumbres, estableciéndose una mezcla singular de vicios y de prácticas religiosas, que forma un lunar grande en la moral de aquellos países. Pero son mas celosas en el cumplimiento de estas últimas las señoras que los hombres, entre quienes ha cundido con lastimosa generalidad un indiferentismo práctico, hijo de la época y de la relajacion, y en manera alguna producto de un exceso de idealismo; enfermedad de que está completamente libre la sociedad mejicana.

Las señoras carecen de instruccion, y en este particular la nueva generacion, sin embargo de que acude al colegio á recibir algunas nociones de geografia, puede decirse que camina por la antigua trillada senda. Aun la educacion doméstica es viciosa, como siempre lo fue allí, flaqueando de ese mismo y señorío, que hacian que una joven no debiese tocar á nada y hubiese de ser eternamente servida. Hoy van introduciéndose ideas mas racionales en punto de educacion mugeril, pero con gran reserva y dificultad; y preciso será que se estiendan y que triun-

fen si la sociedad se ha de reformar, y ha de purgarse de tantos vicios como la afean y la desvirtúan.

Tales son los elementos de que principalmente se compone la poblacion mejicana: vése nadar dentro de ella sin apegarse á ningun lado el cuerpo de los indios; depender las castas con lazos bien débiles de la clase inteligente y dominadora, y existir esta plagada de vicios y de nulidades, que hoy que está en escena le salen á la cara mas que nunca, si bien se encuentra en via lenta de mejora.

Debo añadir dos palabras sobre los extranjeros. Los ingleses, dedicados al comercio en grande y á la minería, se hacen respetar, mas no querer. Los franceses, que se destinan en general á oficios y profesiones comunes, ni se hacen respetar ni mucho menos querer: ellos forman rancho aparte, y ni aun entre sí están comunmente muy de acuerdo. Váyase por los primeros años de la independencia, en que fueron recibidos y tratados por los mejicanos como una especie de héroes de novela. En fin, hay norte-americanos, alemanes y otros; pero en general todos carecen de simpatías en Méjico, y ellos en consecuencia se limitan á hacer su negocio y á le-

vantar lo mas pronto posible el vuelo, que es una calamidad para el pais. En vano Santa Anna les ha concedido el derecho de fincarse, pues no han hecho uso de esta gracia, ni le harán mientras la ciudadanía mejicana no sea mas apetecible que en el dia.

RIQUEZA.

La agricultura es en Méjico el primer ramo de la riqueza pública, y guarda con los demás íntimas relaciones, prosperando ó abatiéndose con ellos y en especial con la minería. Desde el año de 80 del siglo pasado al 10 del presente los progresos de la agricultura fueron rápidos y visibles, siéndolo en igual proporcion los de la minería y del comercio; y atestigua de ello mas que todo el movimiento de ascenso que por el mismo periodo tuvieron los diezmos. Calculábanse al fin de él los productos de los dos ramos mas nobles de la labranza, el maiz y el trigo, en 24 millones de pesos, cantidad igual á la que por entonces rendia la minería.

Se hacian además buenas cosechas de